

BIBLIOTECA  
INFANTIL  
SEVILLANA



EL  
MONJE RAMIRO

ANT-XIX-1841/14

R. 43696

1

P

608  
/ 3



EL MONJE RAMIRO

LIBRARY OF THE UNIVERSITY OF TORONTO



EL MONTE RASERO

16 cms.

BIBLIOTECA INFANTIL SEVILLANA



EL

# MONJE RAMIRO



Cuento para Niños

(CON LICENCIA DE LA AUTORIDAD ECLESIASTICA)



SEVILLA

—  
Imprenta de Francisco de P. Diaz

1896

BIBLIOTECA INFANTIL DE VALLADOLID

1908

EL

MONJE RAMIRO

---

Es propiedad de D. Rafael  
Zambrano, autor y editor de  
la BIBLIOTECA.

Queda hecho el depósito  
que marca la Ley.

---



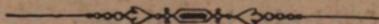
REVISTA

DE LA BIBLIOTECA INFANTIL DE VALLADOLID

1908



# EL MONJE RAMIRO



En un lugar muy cerca de Narbona (1) existía en el año de 1126 un monasterio, donde pasaban la vida entregados á penitencias y oraciones unos religiosos de la orden de San Benito.

Cuentan que en cierta noche tempestuosa, en que el agua caía á torrentes y los truenos á cual más horrisonos hacían estremecer la tierra, llamaba á las puertas del monasterio un hombre conduciendo en brazos á un niño pequeño.

---

(1) Saint Point de Thomieres.

—¿Qué se ofrece?—preguntó un monje, cuyo nombre era Ramiro.

—Por caridad, santo varón, dadme asilo mientras pasa la tormenta: permitid que descansemos mi hijo y yo: venimos empapados en agua: es imposible dar un paso más, los caminos se hallan intransitables: abridme por caridad, que mi hijo viene desfallecido y enfermo.

El monje abrió la puerta é invitó á los viajeros á que entrasen.

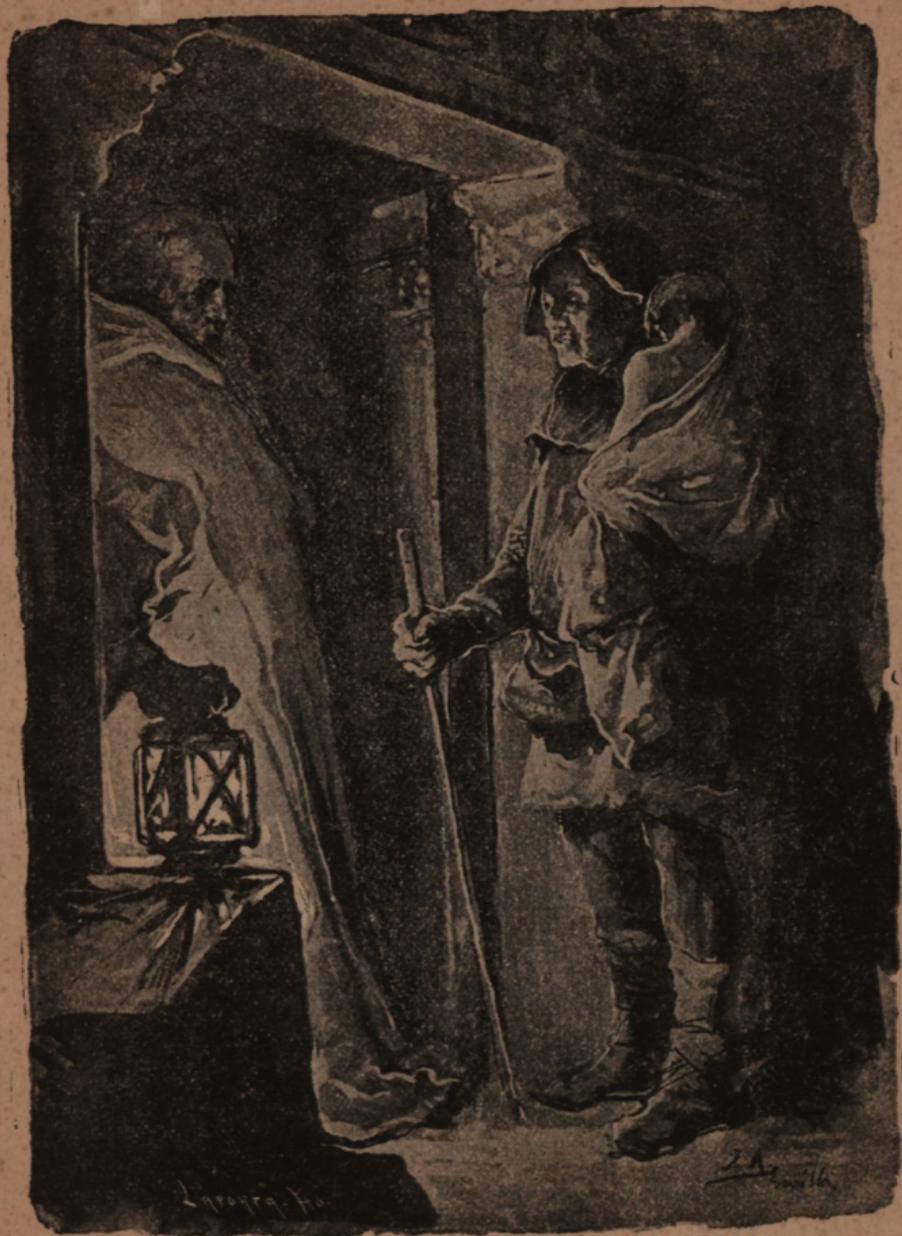
—Pasad, hermanos míos; entrad en ese cuarto donde arde buena leña; procuren al amor de la lumbre confortarse un poco; y, si la tormenta continúa, podeis pasar aquí la noche.

La cara enjuta y pálida del niño indicaba la poca salud que tenía; Ramiro se fijó en él y con acento cariñoso le dijo:

—¿Tienes hambre, hijo mío?

El niño hizo un gesto afirmativo: el monje le trajo pan, que fué comido en breves instantes, y le hizo beber un buen vaso de vino.

—De dónde venís?—preguntó á sus hués-



El Monje abrió la puerta é invitó á los viajeros á que entrasen.

pedes:—¿cómo os habeis atrevido con la noche tan mala á ponerlos en camino?

—Venimos de la capital; fuí á consultar á un médico afamado, sobre la enfermedad de este niño, que por momentos vá debilitándose, y por lo que me ha pronosticado, creo que voy á perderlo: á nuestra salida, el tiempo estaba sereno; la tormenta se desencadenó á la media hora de estar en marcha, y gracias que he podido llegar á este benéfico asilo.

—¿Y qué te ha dicho?

—Que lo alimente mucho, que está anémico y que de seguir de este modo, morirá muy en breve.—Que lo alimente mucho me aconseja, como si eso estuviese en mis manos,—dijo el viajero casi llorando,—como si eso me fuera posible teniendo cinco hijos más, y no contando con recursos para atenderlos debidamente.

El semblante del monje revelaba la tristeza que le había producido aquella narración: continuó observando al niño, y, transcurridos algunos segundos, le dijo á su huesped:

—¿Cómo te llamas?

—Ruiz Hernando.

—Tranquilízate, Hernando: si la salud de tu hijo depende del dinero, no te faltará cuanto le sea necesario: así, pues, retírate á descansar.

Este diálogo fué interrumpido por nuevos golpes que anunciaban la llegada de otro huesped al monasterio: en efecto, el Abad de la comunidad acompañado de un caballero, penetró en la estancia de Ramiro.

—Hermano, os presento al Conde de Orgaz, que viene á veros para comunicaros desgraciadamente noticias bien tristes de vuestro hermano: es cierto que su estado es muy grave... mas puede que Dios...

—No digáis más, padre: lo comprendo todo: mi hermano ha muerto.

Ramiro se arrodilló ante una imagen del Crucificado, y, arrasados sus ojos en lágrimas, exclamó:—Dios mío, acoge en tu seno á mi querido hermano.

El Abad y el Conde se retiraron para no interrumpir las oraciones de Ramiro.

La leña que ardía en el hogar, se había consumido: sólo alumbraba aquella celda la luz mortecina de una lámpara: el monge con-

tinuaba orando: en la estancia inmediata reposaban los dos desgraciados Hernando y su hijo.

La ventana de la celda fué abierta con violencia, y penetró en ella un enmascarado que no dió tiempo á Ramiro para levantarse ni para gritar, pues colocando la punta de un puñal sobre su pecho, le dijo:

—No grites ó te mato. ¿Sabes á qué vengo? pues á decirte que, muerto tu hermano Alfonso el Batallador, pretenden los nobles aclamarte por Rey: para ellos serás muy bueno, porque gobernarán en tu nombre; para el pueblo no: Aragón no puede tener por rey á un rey cogulla.

—Yo acataré la voluntad de los que me aclamen, si estiman puedo hacer el bien de la nación.

—Yo sabré evitarlo: he venido á explotarte, conozco ya tu decisión; pues con tu muerte queda todo arreglado.—Y levantando el puñal fué á hundirlo en el pecho de Ramiro; pero una mano fuerte cogió la del asesino, evitando el golpe que iba á descargar; era la de Hernando, que no había perdido sílaba de aquel rápido diálogo.



La ventana de la celda fué abierta....

—Á los hombres se les mata en buena lid,—exclamó Hernando,—y no como intentabas hacerlo; así obran los cobardes, los asesinos; ahora, defiéndete, que vas á habértelas conmigo.—Y, sacando una daga que llevaba oculta, se puso en guardia para atacar á su adversario.

—Detente, Hernando, en nombre de tu hijo te lo pido; y tú,—continuó el monje dirigiéndose al enmascarado,—que por locura ó malos consejos has querido matarme, huye, escapa seguidamente por donde mismo has entrado; vete y que Dios te perdone como te perdono yo.

---

El monje Ramiro fué nombrado Rey de Aragón; la historia lo conoce con el nombre del Rey Monje. Ruiz Hernando fué colmado por el Monarca de riquezas y de honores, y pudo obtener la curación de su hijo, aquel niño enteco y enfermo que ya conocen nuestros lectores, y obtener para sí y su familia

el principio de una era de felicidad hasta entonces desconocida.

En cambio D. Ramiro sufría las mayores contrariedades, el ábandono y aun el menosprecio, de todos aquellos nobles, á quienes había enriquecido, cediéndoles con excesiva prodigalidad lugares y castillos.

Como tal comportamiento debía tener, según muchos, un ejemplar castigo, de aquí la anécdota *La Campana de Huesca* que consigna la historia, y es la siguiente:

«No teniendo el Rey de quien fiarse y le diese consejos sobre su modo de proceder para que el reino disfrutase de paz y terminasen las alteraciones y discordias que en el mismo había, envió un mensajero secretamente al Abad de Saint Point de Thomières, para que le dijese la conducta que debía seguir. El Abad llevó al mensajero á un huerto y en él empezó á cortar y sacudir las cabezas y pimpollos más altos que en el jardín había; y fué derribando primero los más lozanos y crecidos, y, cuando hubo terminado, le dijo al mensajero: á tu Rey le das por respuesta lo que has visto.

Dicen que el Rey mandó entonces llamar á los ricos hombres, mesnaderos y procuradores de las villas y lugares de Aragón para que se reuniesen en Cortes en Huesca; en ellas les dijo que proyectaba mandar fundir una campana que se oyese en todo el reino; el proyecto debían examinarlo en un salón abovedado, al que uno á uno fueron bajando quince de los nobles más intransigentes. Allí los esperaba el verdugo que iba cortándoles las cabezas y colocándolas en redondel sobre el pavimento: refieren que al entrar el que hacía el diez y seis, que era el Conde de Orgaz, exclamó horrorizado: pero.... la campana....

—Ahí la teneis,—contestó el verdugo; —falta vuestra cabeza que servirá de badojo.»

Esta anécdota es por muchos conceptos inverosímil, porque de la muerte de estos caballeros no existe memoria alguna que la justifique, y además porque en la Iglesia de San Juan, donde recibían sepultura los de la nobleza, no se ha encontrado lápida ni inscripción de ninguna clase con los nombres



Ahí la teneis, contestó el verdugo;....

de los caballeros que cita la anécdota (1).

—

D. Ramiro dejó las riendas del gobierno al Conde de Barcelona, y, retirado del mundo, pasó el resto de su vida entregado á la oración y á la penitencia.

---

(1) Lope Ferrench de Luna, Ruiz Jiménez de Luna, Pedro Martínez de Luna, Fernando y Gómez de Luna, Ferriz de Lizana, Pedro de Vergua, Gil de Atrosillo, Pedro Cornel, García de Vidaure, García de Peña, Ramón de Foces, Pedro de Lueria, Miguel Azlor y Sancho de Fontona.



